



LIBERAR LA ESCENA:

DONOVAN TAVERA

**EL PRIMER LIMPIADOR
FORENSE DE MEXICO**



TEXTO: TIM MACGABHANN
FOTOS: BÉNÉDICTE DESRUS

281

LA ENTREVISTA SE REALIZA EN UNA CAFETERÍA al lado del Aeropuerto Internacional Benito Juárez de la Ciudad de México. En la carretera mojada por la lluvia se reflejan las luces de los coches. Se escucha un rugido constante, fuerte: los aviones que descienden y se elevan y el tráfico de otra noche más de chubasco defeano.

Con sus bancos rojos, sus tazas de café sin fondo y su luz amarilla tenue, la cafetería parece el escenario de una película *noir* clásica de los años 50. Selección lógica para un hombre vestido de traje immaculado, cabello plateado en corte estilo militar, que está sentado solo en un banco rojo.

Donovan Tavera tiene 43 años. Su voz es la de un catedrático pero sale del cuerpo del que alguna vez fue escolta privada. Habla en párrafos completos, con una autoridad tranquila que resulta innegable.

“Como soy el primer limpiador forense certificado en el país, siempre me esfuerzo por ser el mejor”, dice a *Esquire* en una entrevista en el transcurso de la cual enciende un cigarro Montana tras otro. Usa cerillos: los encendedores acumulan demasiadas bacterias.

Su fuerza visible y calma inescrutable van a la par con una postura y cortesía difidentes. Mientras escucha las preguntas enfoca su mirada en el café negro en su taza blanca como la pupila de un ojo interrogativo.

Hoy en día, Tavera es el único limpiador forense en toda la república que tiene aprobación gubernamental. Sobre sus hombros pesa la responsabilidad de regresar a su estado original las escenas de ejecuciones y suicidios, incendios y muertos abandonados. Por eso ha inventado unas 370 fórmulas químicas, cada una calibrada según las circunstancias a las que se enfrenta. “Mi meta es que los lugares luzcan como si nada trágico hubiera pasado allí”, explica.

“Las fórmulas son lo que me distingue de los otros limpiadores que se dicen ‘forenses’ sin serlo. Ellos simplemente echan cloro y agua en los residuos”, comenta Tavera. “Se trata de limpiadores de casa u oficina a quienes contratan para un trabajo fuera de sus capacidades. Según yo, eso es un engaño: la gente piensa que ‘limpio’ significa la ausencia de olor y manchas. Pero la sangre es peligrosa.” Se detiene un momento para hacer una lista con sus uñas prístinas. “Tuberculosis, VIH, hepatitis, toda esa contaminación sigue viva sin intervención química profunda. Un acuchillamiento deja residuos de sangre mezclada con fluido pericárdico, el cual tiene contaminantes. Después de un tiroteo, se necesitan varias fórmulas, porque una bala atraviesa tejidos distintos. Los muertos abandonados rezuman ácido y otros líquidos digestivos, entonces se requiere preparar una fórmula especial y lo mismo para cada caso.”

Desde su casa en Texcoco, Estado de México, en su cochera convertida en laboratorio, Donovan Tavera está en proceso de inventar la limpieza forense mexicana *ex nihilo*, hecho que niega con humildad. “Cada doctor que me resolvió una duda o me prestó su laboratorio, inventó esa disciplina”, asegura. “Yo no.”

Su motivo es personal, no comercial. “En Estados Unidos podría cobrar 400 dólares la hora”, afirma, toma un trago de

café negro y limpia sus dedos cuidadosamente con una servilleta. “Esta cifra es lo más que cobro acá. Tomando en cuenta todos mis gastos —los químicos, transporte, mano de obra— me deja con un margen de ganancia muy estrecho.”

Su vocación proviene de su niñez en los 80, bajo la nata de humo de la refinería de Pemex en Azcapotzalco, al norte de la Ciudad de México. Su trabajo es la parte visible de una obsesión que lo ha acompañado toda la vida, que le aporta el núcleo de su identidad, además de la energía para superar los obstáculos de inestabilidad financiera y la falta de apoyo institucional.

“Desde los 12 años me he preguntado lo mismo: ¿a dónde va la sangre?”, continúa. “Un sábado por la tarde, me asomé por una de las ventanas de nuestro departamento y vi el cuerpo de un accidentado a unos 200 metros de un puesto de tacos en la esquina. Su sangre era un charco fluyendo a la coladera. Pregunté a mi mamá a dónde iba a parar toda esa sangre. No pudo contestarme. Al otro día vi a los taqueros echándole jabón y agua a la mancha. Al mediodía, el puesto estaba como siempre, repleto de gente. Sin rito, sin nada, se había invisibilizado este suceso. Me pareció muy triste. Cuando lo hablamos como familia mi madre dice que quedé algo traumatado. Tal vez, pero decidí en ese momento que si nadie se preocupaba de esas cosas, yo lo iba a hacer. Por eso pasé mi adolescencia en la biblioteca y en nuestra cochera, tratando de replicar la textura precisa de la sangre real, no en su composición química sino en su apariencia. Luego inventé las fórmulas para disolverla. Cuando logré mezclar mi primera fórmula, sabía que tenía futuro como limpiador.”

¿Tipo Sherlock Holmes?

“Tal vez un poco”, se ríe Donovan. “Me encantan esos libros, aunque falte verosimilitud. *Estudio en escarlata* es mi preferido, porque aprende por su cuenta. La fantasía de que exista una solución a cualquier problema me atrae.”

El autodidactismo de Donovan es una elección personal “Dejé el ejército a los 23 años porque no me sentía estimulado intelectualmente: el trabajo de escolta me dio más libertad en ese sentido”, pero también se debe al hecho de que, en sus propias palabras, “la limpieza forense en México no existe. Aprendí casi todo por mi cuenta. Tenía casi 30 años cuando hablé con un patólogo por primera vez: fue idea de mi esposa. El acceso a ese tipo de profesión es algo complicado: todavía existe una jerarquía social bastante marcada”.

Se habla de su trabajo en medios de Inglaterra, Alemania, y en su propio país, pero hay momentos en la conversación en los que Donovan se nota aislado, como si estuviera resignado.

“No tenemos la debida cultura de diligencia en México”, suspira. “Gran parte de mi trabajo es limpiar los residuos que dejan los mismos policías y peritos: polvo para tomar huellas digitales, las huellas que dejan sus botas e incluso pedazos de evidencia rechazada o ignorada.”

Se manifiesta aquí la paradoja central del trabajo de Donovan. Las ciencias forenses representan un comercio enorme en México. Cientos de estudiantes se inscriben cada año en cursos de ciencia forense en instituciones privadas y públicas como la UNAM.

Pero a pesar de la demanda, la aplicación de esta ciencia



sigue debajo del nivel requerido para combatir la ola de violencia que está ahogando al país.

Según el Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (SESNSP), 57 personas mueren violentamente cada día en México. La cifra representa un aumento de 15 por ciento sobre el total de muertos en el mismo periodo del año pasado.

La escala de la violencia así como las fallas institucionales, se reflejan en el estado de la criminalística mexicana. El Instituto Nacional de Estadística y Geografía indicó el año pasado que sólo 6 por ciento de los delitos se resuelven. Ese 6 por ciento es la punta del iceberg: sólo se trata de los crímenes denunciados a las autoridades.

Las ciencias forenses soportan los embates de esa situación. Según un reportaje de la AFP publicado en julio, los refrigeradores de Acapulco, Guerrero —la ciudad más peligrosa de la república— se desbordaban de cuerpos. Uno con capacidad para 95 cadáveres contenía 174: casi el doble de su capacidad.

El contexto invita a las comparaciones entre el México de 2016 y el país durante la década violenta posrevolucionaria en la que se estableció el primer Servicio Forense Médico, que ayudaba a reducir la presión sobre los hospitales públicos.

El trabajo de Donovan Tavera —solo, medio invisible— es la imagen de un país en lucha por el estado de derecho.

Edgar Elias Azar, presidente del Tribunal de Justicia del Distrito Federal de México, cuya organización supervisa la educación en ciencias forenses en la ciudad, dice que Tavera “está haciendo un trabajo muy relevante en un contexto que deja mucho que desear”.

“Si la gente reconociera el valor de este trabajo para prevenir riesgos de salud, se tomaría más en serio la limpieza forense”, comentó a *Esquire* en una entrevista por teléfono. “Pero por el momento es lo único que tenemos.”

De hecho, la limpieza forense es tan poco reconocida en México que Donovan tuvo que escribir su propio formulario para registrarse con la Comisión Federal para la Protección contra Riesgos Sanitarios (COFEPRI).

“En ese momento, no tenían referencia para esas cosas”, recuerda. “Se complicó un poco el proceso cuando me pidieron todos los nombres de mis clientes, por razones de seguridad, cosa que negué, porque resguardar su identidad es de importancia primordial. Se necesita discreción, atención a los detalles y una sensibilidad profesional, si existe. Los clientes nunca están en las circunstancias ideales cuando los conozco, por supuesto. Por eso leo mucho acerca de sociología y psicoanálisis —[Émile] Durkheim sobre el suicidio, Freud sobre el duelo y la melancolía— para saber cómo tratar con mis clientes. La interacción es muy corta y sumamente delicada. Necesito saber las cuestiones logísticas, pero investigo con humanidad. Están vulnerables. Me preocupó mucho por ese aspecto. Supongo que en cierta forma eso contribuye a que los clientes me recomienden con otras personas. Les caigo bien porque llego, trabajo y desaparezco.”

Donovan se emociona hablando de los resultados de su trabajo: se sienta erguido sobre el banco rojo, da más detalles y en su voz se escucha la cadencia de su pasión verdadera. “Los parientes se ven tan cansados, tan tristes cuando me indican que hacer... el alivio es visible cuando termino. Somos la última etapa en su duelo, después de recoger el cuerpo, organizar



S alimos de la cafetería en la que estamos. Donovan nos conduce por las calles vacías de la Ciudad de México a la medianoche. El sonido del motor imita el ritmo del bajo en las canciones de bolero que se filtran desde el estéreo y que se escuchan a la distancia.

“Prefiero la ciudad de noche,” comenta Donovan visiblemente relajado en su asiento de chofer. La soledad de su coche parece agraderle más que la sociabilidad forzada de la cafetería. “Casi no salgo durante el día. El ruido, el tráfico, la cantidad de gente, todo me da un poco de claustrofobia. La tranquilidad de la noche me permite manejar durante kilómetros sin interrupción. Es como entrar en un trance. Se disuelve todo.”

Entra en este mismo estado de trance durante las limpiezas. “Se congelan mis emociones. No percibo el paso del tiempo: hay demasiado que hacer. Primero se raspan los residuos secos, luego agrego las fórmulas para matar las bacterias. Si hay flora o fauna —cucarachas, hongos y demás— también los trato antes de desinfectar la basura y los objetos contaminados. Luego limpio la escena hasta que todo huele como nuevo. Después, ya las cosas del lugar se ven más claras, como si entrara más luz. Es un momento muy bonito.”

Le pregunto por el efecto emocional de su trabajo. Dobla con fuerza sus dedos sobre el volante y después de una pausa contesta tras otro suspiro.

“Mire, lo difícil no es el trabajo: lo complicado es cuando no lo tengo”, explica, cambiando de velocidad y manejando por el paisaje tipo Blade Runner de la ciudad nocturna: su neón frío, sus torres destellantes, su vacío. “En los 16 años que llevo como limpiador forense de tiempo completo, he visto esta ciudad y este país enfriarse. He limpiado cuerpos olvidados de dos semanas o un mes en edificios residenciales. Me dicen los vecinos que sólo se dieron cuenta de la existencia de esa persona cuando empezó a oler feo a través de las paredes. ¿Lo puede imaginar? La indiferencia en que vivimos todos me parece más y más fuerte cada día. Tengo que limpiar más suicidios que antes también. Una proporción creciente de estos últimos se debe a problemas con dinero. Siempre tengo miedo de caer en eso, y cuando no tengo trabajo, me pongo a pensar demasiado en esto. Sin trabajo, me siento realmente impotente.”

Cifras gubernamentales indican que casi la mitad de la población mexicana vive con algún grado de pobreza, mientras que la OECDE clasifica a México en el lugar 14 a nivel mundial por sus índices de deuda personal y doméstica. La privatización de

las reservas petroleras mexicanas no ha aportado el estímulo económico esperado, y el valor de la moneda nacional sigue en una terrible caída vertiginosa.

“Nos ha tocado como familia enfrentarnos con esto”, dice Donovan, bajando desde el Periférico hacia Reforma. “Me quedé en blanco después de la Navidad. No tuvimos ninguna limpieza: siempre es tranquilo en esos meses, es normal, pero así se mantuvo durante meses. Me estresé mucho. Unos trabajan para vivir: otros viven para trabajar. Yo hago las dos cosas.”

Nos acercamos al Ángel de Independencia, lo encontramos iluminado con unas luces moradas.

“Las limpiezas son un rito para mí”, dice Donovan. “Es mi momento de estructurar el caos. Pongo ‘Tristán e Isolda’ de Wagner mientras trabajo, porque verdaderamente siento algo heroico cuando estoy en mi traje desechable y con el ventilador. Durante esos meses difíciles no sabía que hacer conmigo. Tratava de recordar las limpiezas porque me emocionan. Intenté quedarme con la cabeza fría y vivir en el momento. Escuchaba mis discos de Bach y Black Sabbath, daba clases de autodefensa. Aprovechaba para convivir con mi esposa y mi hija y era lo que me brindaba verdadera felicidad. Mi niña tiene seis años y le dice a sus amigos que ‘papá limpia muertos’. Aún está muy chica para entender lo que hago, pero de momento vamos a protegerla un poco de esa información, porque es muy fuerte.”

Bajamos del coche a la glorieta vacía a un lado del Ángel. De vez en cuando el grito sórdido de una sirena —de ambulancia o de patrulla— corta el silencio de la noche.

“Quisiera cambiar todo el país y la limpieza es mi contribución al pedacito de mundo que tengo bajo mi control. La corrupción y la impunidad permiten que siga la violencia en México. Cuidar a los muertos, a los olvidados, en esto consiste parte de la solución. Casi siempre me siento satisfecho con mi contribución,

pero una vez pasó algo muy perturbador, un multihomicidio”, relata Donovan, mientras enciende otro Montana, su mano parece un nido alrededor de la llamarada pequeña amarilla. “Incluso sin los cuerpos reviví el suceso en mi cabeza, como una película. En los residuos, vi a la gente correr, sus caras, los cuchillos bajando sobre carne humana, manchas que indican intentos de autodefensa. Pero tengo mis ritos para mantenerme al margen del dolor: manejo aquí, por ejemplo. Si regreso a casa estresado, mi esposa me dice: ‘Ah, es porque no fuiste al Ángel’. Ella siempre tiene la razón.”

Los boleros se filtran desde el radio, a través de la puerta abierta de su coche y se pierden en la noche: los Panchos, Los Tres Diamantes, Los Dandys. La señal de la estación A.M. es débil, distante, como si los sonidos tuvieran que cruzar todos los años pasados entre su grabación y el México de 2016.

“Me encanta esta estación de radio”, Donovan suspira, se apoya contra su coche y exhala una guirnalda larga de humo. “No hay noticias. Puedo fingir que vivo en algún momento más seguro, más inocente. Tuve una etapa en la que me gustaba manejar toda la noche por los pueblos pequeños en otros estados cerca de la ciudad. Iba a las cantinas o restaurantes y escuchaba historias sobre los años 50, 60, 70 y todos sus momentos perdidos. En ese entonces, todo era más seguro. La época de sus memorias me lo parecía aún más. Ahora, no me atrevería a hacer este tipo de viaje; es demasiado peligroso.”

Con los ojos sigue el arco que hace la colilla de su cigarro tirado entre la oscuridad.

“Pero tengo suerte. Amo a mi familia. Mi vida con ellos es un espacio de seguridad, de inocencia. Mi esposa, mi tío, mis papás, mi hermana, todos trabajan conmigo, entonces mis dos vidas —laboral y familiar— se han combinado de una manera muy bonita. Gracias a mi esposa tengo la fuerza para seguir mi vocación. Nos conocimos en la agencia de escoltas donde trabajamos: era la administradora. Ella vio desde muy pronto que yo no era feliz, a pesar del dinero que ganaba en el trabajo. Ella me animó a salir de donde estaba y seguir adelante.”

Donovan se estira, arregla su traje al ver su reflejo en el espejo del coche, y se prepara para manejar otra vez hacia su casa en Texcoco. “De vez en cuando me frustro con mi trabajo, es cierto. Dejo mis cartas a las estaciones de policía, explico mi labor, y muchos detectives me ven raro, como si lo que hiciera no tuviera importancia. Si me marcan después, para realizar una limpieza, les doy parte de mi pago. Duele un poco, pero no me importa. Entiendo mi papel. Quiero ser un modelo para los demás, para los del futuro. Después la gente creará en el valor de lo que hacemos. No tardará mucho tiempo.”

Cuando se aleja, las luces de su coche parecen cometas rojas en la noche.

